

LA VIDA DE LUIS CARLOS GALÁN, UN EJEMPLO QUE SE HA DE SEGUIR

*Gabriel Rosas Vega**

Con el corazón desgarrado y un profundo dolor de patria, me aproximo a esta tribuna para darle el adiós al cuerpo inerte de nuestro líder, de nuestro amigo, Luis Carlos Galán. Digo que al cuerpo, porque su espíritu, su pensamiento, su inspiración, su ejemplo, su amor por Colombia permanecerán vivos en nuestras mentes.

Quienes obnubilados por el pasajero y vil encanto del dinero, hecho con base en el dolor de sus congéneres, creen haber triunfado en sus oscuras y desalmadas intenciones, se equivocan, pues la victoria la lograrán los colombianos de bien, que agrupados en un haz de corazones y de voluntades continuaremos la

lucha emprendida por Luis Carlos. Ese es un compromiso que con él adquirimos hace años y que habremos de cumplir rigurosamente.

En estas horas de angustia, movidos por la rabia causada por el sacrificio de la preciosa vida del compañero, podríamos caer en la tentación de estimular la venganza. Pero no. Esa no puede ser, ni podrá ser jamás nuestra manera de actuar. Siguiendo su ejemplo, continuaremos la lucha con los mismos ideales y los mismos argumentos que él utilizó. El mejor homenaje que le podemos hacer sus seguidores es perpetuar su pensamiento, su obra y su imagen.

Cuando, con dificultad inmensa, la pluma rebeldemente se niega a aceptar los designios del desalmado acto, realizado por un grupo de

* Palabras del Ministro de Agricultura en el sepelio de Luis Carlos Galán, 20 de agosto de 1989.

miserables atraídos por un puñado de pesos que arderá en sus manos manchadas con la sangre inocente hasta el fin de sus vidas, se atropellan en mi mente los recuerdos y los pasajes que juntos recorrimos en un periplo de esperanza y de fe en Colombia.

Por allá, por el ya lejano año de 1978, con la bondad que lo distinguía, pero también con la convicción que lo hacía mover hasta los más grandes obstáculos, nos convocó para poner en marcha un proyecto político encaminado a fortalecer la vacilante democracia colombiana, a modernizar las vetustas estructuras de nuestra política y a colocar en sitial de vanguardia al partido de nuestros afectos: el Partido Liberal.

Atraídos por ese magnetismo contagioso, que tornaba en realidad cualquier proyecto, aceptamos gustosos acompañarlo en tan apasionante empresa. Era tan claro el mensaje, tan coherente el planteamiento y tan edificante el propósito, que no podía haber vacilaciones en la decisión. Aún resuenan en mi atribulada cabeza sus atrayentes palabras: Gabriel, nuestra obligación es trabajar por el país, porque lo primero es Colombia.

Tanto énfasis le daba a este aspecto, que en un discurso pronunciado en la Sociedad Económica de Amigos del País, en noviembre de 1979, dijo cosas como estas: “Lo primero es Colombia, porque nada serio se puede hacer y decir en política si no se proclama una concepción sobre Colombia. ¿Cómo entendemos a Colombia? ¿Cómo quisiéramos

que fuese? ¿Cómo interpretamos su evolución para bien de sus propios habitantes y respecto de una América Latina donde ha influido con mayor profundidad de lo que imaginan los observadores superficiales y con menores alcances de lo que quisiéramos quienes conocemos sus potenciales humanos y físicos?”.

Más adelante decía: “Como es apenas obvio, no tendremos ningún derecho a proponer un camino a los demás pueblos latinoamericanos, mientras en nuestra propia casa no hayamos demostrado la sinceridad de nuestras convicciones democráticas y de los ideales que proclamamos. Para cambiar a los demás, –señalaba–, debemos ser capaces de cambiarnos a nosotros mismos”.

Tan grande era su amor por Colombia, que siempre estuvo dispuesto a sacrificarse por ella. La unidad del país era el punto focal de su acción y de sus intereses. El mensaje de libertad que marcó nuestro nacimiento con el preámbulo insurgente de los comuneros estaba para él vivo y a divulgarlo con la magia de su verbo se dedicó, en su por desgracia corta, pero fructífera existencia.

La obsesión por Colombia era de tal naturaleza que se atrevió a proponer la construcción de una patria nueva, o sea, una República en la cual los nuevos protagonistas de la vida nacional, las distintas generaciones que hoy actúan en la vida del país, puedan resolver los problemas fundamentales, los que constituyen los obstáculos más

grandes para que la nación se desarrolle, se transforme y todos sus habitantes tengan la garantía real de la satisfacción de sus derechos fundamentales. Desde luego, su propuesta de una Colombia nueva no significaba desconocer los esfuerzos de las generaciones anteriores. Empero, creía que la generación que él representaba debía iniciar el proceso de cambio y transformación que el país reclama. Es cierto, anotaba, que toda generación inicia su actividad a partir de los hechos creados por las generaciones anteriores: sus aciertos y equivocaciones. Se hereda un patrimonio material y espiritual, es decir, recursos, instituciones y factores. Pero toda nueva generación está obligada, dentro de sus circunstancias, en su tiempo y con sus elementos, a dar respuestas nuevas a los problemas del país.

Con base en esta apretada síntesis de los ideales que inspiraron la vida y la obra de Luis Carlos Galán, el mejor de los amigos, el líder sin mancha y sin rencores, y el artífice de una corriente honesta de pensamiento, me atrevo a formular un interrogante que deseo contesten en silencio y en lo más hondo de sus corazones: ¿Tendremos derecho acaso sus compañeros de lucha y sus seguidores a arriar las banderas de sus ideales? Con la fuerza que me da su memoria, por ustedes respondo: ¡No! Nuestra obligación ineludible es proyectarla en el tiempo y en el espacio para bien de esta bella nación que debemos rescatar del caos y de la anarquía en que unos apátridas la han querido colocar. Para tener derecho a figurar en la historia del país, para ganar el respeto de las

futuras generaciones y para vivir tranquilos con nuestra conciencia, es menester que nos apliquemos a este objetivo.

En este punto quisiera rescatar una de las preocupaciones que últimamente más le mortificó: la falta de solidaridad entre los colombianos.

Es un hecho que la tendencia individualista de la sociedad colombiana viene abriendo espacios propicios para la descomposición que en mala hora nos ha invadido. Con indudable torpeza el país se mueve en un clima de insolidaridad, de falta de amor por la patria, de carencia de propósitos colectivos, de egoísmos incontrolados. Parece que los colombianos fuéramos extranjeros en nuestra propia tierra.

Aunque ustedes bien lo saben, no sobra recabar sobre el perjuicio que para la solución de los problemas causa esta manera de ser y de actuar. Sin propósitos comunes y sin solidaridad, no podremos salir adelante.

Advertidos de esta circunstancia y ante el cuerpo sin vida del líder, los convoco a que, en homenaje a su memoria, tomemos la decisión de cambiar el rumbo de los acontecimientos. Que la solidaridad entre todos nosotros aparezca como un refulgente amanecer. Reemplazar el egoísmo por el desprendimiento y la magnanimidad deben ser en el futuro la razón y el motivo de nuestras acciones. Es imperativo que el país reaccione, que recobre el aliento, que se sacuda de este inmovilismo que lo tiene postrado.

La única justificación de su sacrificio es que los colombianos, y en especial el Partido Liberal, incorporen a su tarea sus ideales, su proyecto político, el ejemplo de su vida y el deseo incancelable de lograr la convivencia.

Puesto en marcha el proceso de integración de nuestro grupo al partido, aceptamos la invitación que nos hiciera el señor presidente Barco para participar en su gobierno. De esta manera, ingresé al gabinete como ministro de Agricultura, al igual que otros compañeros lo hicieron en diferentes cargos de la administración. En tales condiciones hemos representado, dentro de la administración pública, la línea política que inspiró Luis Carlos Galán, poniendo a prueba las propuestas que a lo largo de estos años le hicimos al país. Hemos querido demostrar en la práctica, las bondades que contiene la renovación del Partido Liberal que propuso y que tanto anheló.

Por eso es que, en alguna forma, tenemos la autoridad para solicitarle a nuestros compañeros, no obstante el dolor que en esta hora nos invade, a rodear las instituciones, a apoyar la gestión del gobierno y a conservar la serenidad, con la certeza de que esta actitud es la que habría adoptado Luis Carlos para salvar el orden democrático y las instituciones.

Luis Carlos Galán es otro mártir de la democracia. ¡Dios mío, que sea el último, que su vida ejemplar guíe nuestra conducta, que triunfen sus ideas sobre las armas, que la orfandad de sus hijos y la soledad de su viuda, inmensas e invencibles, sean consoladas por la aplicación de sus ideales!

Recordemos su consigna: ¡En el nombre de Dios, de nuestros mayores y de la libertad: siempre adelante, ni un paso atrás y lo que fuere menester, sea!